

www.elboomeran.com

De vuelta a casa

RBA NARRATIVAS

www.elboomeran.com

JIM HARRISON

DE VUELTA A CASA

Traducción de
ANTONI PUIGRÓS JAUME

RBA

www.elboomeran.com

Título original inglés: *The Road Home*.

© Jim Harrison, 1998.

© de la traducción: Antoni Puigrós Jaume.

© de esta edición: RBA Libros, S.A., 2012.

Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

rbalibros.com

Primera edición en esta colección: octubre de 2012.

REF.: OAFI758

ISBN: 978-84-9006-394-1

DEPÓSITO LEGAL: B. 23.805-2012

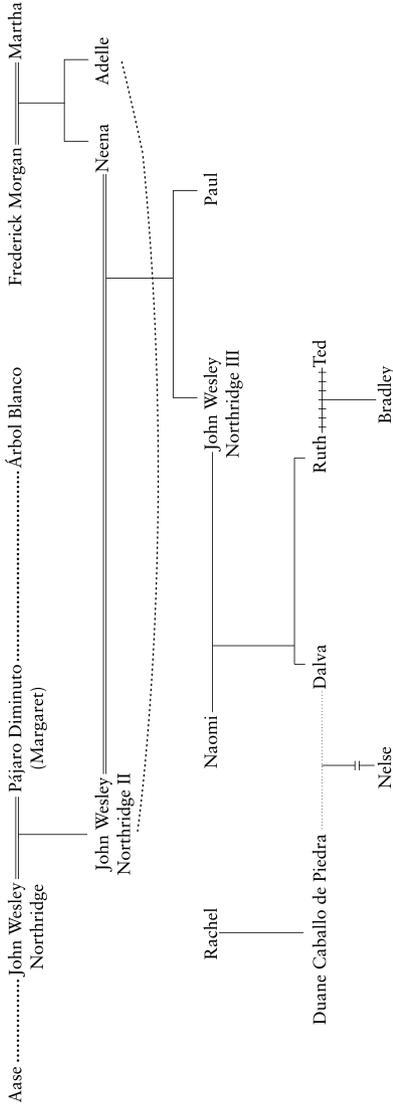
Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.

www.elboomeran.com

A PETER Y MOLLY PHINNY

La familia Northridge



Símbolos

- == = Casados
- = Matrimonio en el que uno muere y el otro vuelve a casarse
- ++++ = Divorciados
- = Amantes
- ⊥ = Entregado en adopción

PRIMERA PARTE

JOHN WESLEY NORTHRIDGE II

21 de octubre de 1952

Es fácil olvidar que, por lo general, nuestra muerte se produce a un ritmo solo siete veces más lento que la de nuestros perros. La sencillez de esta proporción es algo que percibí a una edad muy temprana de mi vida, pues me crié en una región tan aislada que los amigos más íntimos de mi infancia fueron los perros. Ese es el motivo de que siempre haya sido poco locuaz, aunque de haber tenido las cuerdas vocales colocadas de otro modo es muy posible que hubiese podido gruñir, ladrar o aullar al husmear algún peligro invisible más allá de la luz que creemos nos rodea, pero que muy a menudo nos protege. Mi madre era una sioux oglala (entre sí se llaman «lakotas») y mi padre un huérfano del este: un caucasiano blanco como la nieve de marzo, de esa bajo la cual no crees que nunca nazca la primavera, con ataques intermitentes de locura por una vida dedicada en gran parte a ayudar a los nativos a conciliarse con sus conquistadores. Después de que le desmovilizaran al concluir la Guerra Civil [*sic!*], y hasta diciembre de 1890, se dedicó en cuerpo y alma a esta tarea, eligiendo la botánica como instrumento de liberalización, y esto en una región como la de las Grandes Llanuras, poco propicia para el cultivo de los árboles frutales y los arbustos productores de bayas característicos del este. El hecho de que fracasara por completo en la misión que se había impuesto en la vida solo contribuye a incrementar la veneración que siento por él, aunque me resultó mucho más fácil vivir en su com-

pañía una vez hubo muerto que mientras estaba vivo, sobre todo por culpa de los ataques de irracionalidad que le sobrevinieron durante los últimos veinte años de su existencia.

Siempre he dedicado los domingos a la reflexión, un hábito que me fue impuesto desde la niñez, al abandonar mi padre la iglesia y entregarse a mi educación con un vigor que debería calificar de bastante molesto. Poco a poco se había dejado convencer por las creencias nativas de que cada día debe ser domingo por lo que respecta a la devoción, y el hecho de que sus impulsos religiosos carecieran de un objetivo inmediato me convirtió en su presa más adecuada. ¿Qué jovencito preferiría sinceramente que le leyeran las opiniones de Emerson sobre la «autoconfianza», sentado junto al fuego en las largas tardes de invierno, o en verano cuando tarda en oscurecer, mientras podría estar correteando por las colinas, al otro lado del río Niobrara, buscando puntas de flecha con los perros? Había una perra airedale terrier, llamada Kate, que sabía cómo encontrarlas siempre que no fuera en busca de algo para cazar o comer, y ladraba con insistencia ante cualquier piedrecita extraña de punta afilada. De manera que todos los domingos por la tarde me sentaba a la mesa de la cocina para reflexionar acerca de la semana que acababa de concluir, y en mi primera libreta, de tapas color azul grisáceo, anoté con letra infantil: «No quiero estar aquí».

Ayer por la mañana, cuando empecé a escribir esto, me desperté sobresaltado, convencido de que había oído el coche de mi hijo John Wesley subir por el largo camino de dos carriles que conduce hasta la casa, pero luego pensé que hace ya dos años que murió y que debía de ser el camión de la leche, traquetean-do por el tramo de la carretera que pasa a casi dos kilómetros al este de aquí.

Aun así, salté de la cama con el corazón palpitando, esperanzado, hasta que su rostro, desde la foto que tenía sobre la cómoda, me habló con mayor rotundidad de la que me había

hablado en toda su vida. Panmunjon, Corea. Sin embargo, su hija, mi nieta, me había preguntado el día anterior por qué mis padres murieron con solo tres días de diferencia allá en febrero de 1910. Dalva tiene apenas once años, y supongo que sentía curiosidad porque una tormenta de octubre había cercenado las hojas de la arboleda de lilas donde se encuentra el cementerio de la familia, y esto hizo que volviera a interesarse por los que están enterrados allí, así como por su padre aunque su cuerpo no esté allí, dado que sus restos reposan todavía en la ladera de una colina nevada en Corea del Sur. De todos modos, al saltar de la cama con tanta precipitación sentí que mi corazón empezaba a palpar con celeridad, hasta el punto que rebotaba literalmente contra las paredes del saco que lo envuelve, y experimenté la más estremecedora sensación de mortalidad que haya sentido en mi vida, salvo en los escarceos de violencia física que durante mi juventud tuve por Arizona, México y Francia, por no mencionar a los dos bravucones borrachos que en 1913 lancé al río East de Nueva York, después de una enconada pelea. Las fricciones con la muerte son tan memorables que varias décadas después aún puedes recordar los poros de la cara del enemigo que tuviste ante ti.

No obstante, nadie formula una pregunta con mayor seriedad que las criaturas de once años, y se merecen que las contemos con amabilidad, en la medida que su atención es casi dolorosa, dado que aguardan una respuesta en vez de urdir la siguiente pregunta. Dalva suele hacer esas mismas preguntas, o parecidas, en relación con los caballos que tuvimos en el pasado, pues le encantan las historias familiares: por ejemplo, ¿cómo alimentábamos Lundquist y yo, en 1934, a un semental belga para lograr que pesara mil doscientos cincuenta kilos: supuestamente el más grande del país, si no del mundo, en aquel entonces? Sin embargo, la pregunta de por qué mis padres fallecieron con solo tres días de diferencia no puede responderse con un: «Porque la edad y las enfermedades los debilitaron hasta que les falló el corazón». Hay que integrar este

acontecimiento en una historia, que por otro lado no puede ser sencilla: con once años, Dalva ya lee a Dickens y a las hermanas Brontë, y una realidad retratada con descuido y utilizando colores pastel no sería suficiente.

Por otra parte, la semana anterior había ocurrido algo bastante extraño, que me produjo una gran inquietud. Lundquist y yo habíamos viajado tres horas en coche hacia el noroeste con mi perra Tess, el único terrier inglés que me queda, para lo que con toda probabilidad será para ambos la última cacería de pájaros, ya que la perra tiene doce años y yo sé desde hace un año que cuando Tess se haya ido la caza se habrá terminado para mí. Habíamos salido antes del amanecer y llegamos a nuestra primera parada cerca de Parmelee, al otro lado de la frontera con Dakota del Sur, desde donde pretendíamos seguir hasta Gordon para visitar algunas zonas de maleza en las que se oculta la caza, y donde la perra tuvo hace tiempo sus días de gloria. A los perros pajareros les gusta visitar de nuevo los escenarios en donde fueron felices, tal como nos sucede a las personas. Como era de esperar, Lundquist protestó ante la idea de ir a Parmelee: según él, tres miembros de su familia habían perdido la vida en la masacre de New Ulm, en Minnesota, cien años atrás, y tenía miedo de los lakotas. Tess levantó a un urogallo de cola puntiaguda y yo le disparé, pero solo conseguí herirlo, de modo que tuvimos que seguirle la pista en medio de juncias y espinos durante media hora, maldiciendo a Lundquist, que se había despistado como si persiguiera una estrella lejana en pleno día. Tess descubrió de nuevo el ave herida pero, debido a su buena disposición, se negó a rematarla. Cogí al urogallo del cuello y se lo retorcí, percibiendo el chasquido de las frágiles vértebras debajo del pulgar. Por alguna extraña razón, sentí el impulso de besar al animal, pero experimenté un vahído y me quedé medio en cuclillas el tiempo suficiente para preocupar a la perra. Un anciano a punto de arrodillarse en un lodazal, diciéndole adiós a la caza después de medio siglo, sin duda debe de ser una imagen bastante melancólica. Hacer revi-

vir al urogallo fue sin duda un impulso inesperado y sentimental, no menos absurdo por el hecho de sentirlo de verdad. En este mundo espantoso hay más sentimentalismo por las matanzas que por la maternidad.

Cuando me erguí y me encaminé hacia el coche, el día, que había comenzado soleado y cálido para ser mediados de octubre, se había vuelto gris y frío, con un viento que empezaba a soplar del noroeste. El corazón, que tan ansioso se había mostrado por emprender aquella última cacería, tenía que hacer grandes esfuerzos para llevarme de regreso hasta el coche, al parecer situado cada vez más lejos, y las piernas con las que había llegado a recorrer cincuenta kilómetros en un solo día se enredaban con las briznas de la corta hierba y daban traspies con las flores muertas. Me dije que había transcurrido tan solo una semana desde que hiciera el amor con especial intensidad, pero eso no fue suficiente para impulsarme hasta el coche, transformado ahora en un punto reluciente sobre una loma lejana. En ese mar de hierba siempre hay que aparcar en lo alto de una loma para obtener una mejor orientación, así uno no se pierde en el reseco y ondulante paisaje, de un color que los pintores llaman «siena tostada».

Tomé un par de tragos de la botella de whisky ante la mirada desaprobatoria de Lundquist, que había conectado la calefacción del coche y comía un emparedado de manteca de cacahuete, cebolla y mostaza con un entusiasmo que, me atrevería a decir, nadie más podría compartir. Trabaja conmigo desde 1919, y su vida está organizada mediante ritos muy especiales: siempre bebe agua antes del whisky. Nunca discutimos, pero, como suele ocurrir entre amigos, nos lanzamos indirectas respecto a nuestros hábitos y creencias. «¿Y vas a beber el whisky antes?» No importa que haya hecho eso mismo cientos de veces y en su presencia.

Dormité un rato mientras Lundquist conducía de vuelta a casa, después de abandonar el plan de pasar todo el día cazando. Desperté en cuanto paró el coche y se bajó, y me invadió la

sensación de que no habíamos avanzado demasiado. El motor seguía en marcha, así como los limpiaparabrisas, y noté las espinillas demasiado calientes a causa de la calefacción. Lundquist estaba hurgando en el maletero, y al abrir los ojos vi que se alejaba con un saco de harpillera unos cincuenta metros, hasta donde dos docenas de hombres, mujeres y niños recolectaban patatas bajo una mezcla de llovizna y aguanieve. Tres muchachitos, insensibles al mal tiempo, mantenían una batalla de patatas. En mi niñez yo había recolectado muchas patatas bajo un tiempo inclemente, y no solía producirme mucha alegría: era un trabajo y, en ese caso, un trabajo para subsistir. Aunque John Neihardt, el poeta y erudito norteamericano, me contó que hasta el legendario hechicero lakota Alce Negro recolectaba patatas en cuanto llegaba el otoño, y además con un humor que superaba al de cualquiera, si exceptuamos al de aquellos muchachitos.

Captó entonces mi atención un anciano vestido con ropas muy gastadas, el cual tenía un brazo tieso que le impedía recoger patatas a la misma velocidad que los demás. Incluso desde aquella distancia, observé la curiosa curvatura del puente de su nariz y el pómulo hundido, provocado por la cox de una vaca cuando apenas tendríamos diez años. No cabía duda de que se trataba de Smith, un nombre que él había adoptado en broma, ya que se trataba de un apellido muy corriente entre los blancos y le podía proporcionar un ligero anonimato. Era descendiente de la familia de Samuel Caballo Americano y, aunque yo conocía su verdadero nombre, no podía divulgar su secreto hasta después de transcurridos cincuenta años. Le había visto por última vez en 1906; ambos teníamos dieciocho años y él partió para Europa como jinete cómico en una compañía de cowboys y guerreros, uno de los últimos espectáculos del salvaje oeste que efectuaban giras por el extranjero.

Salté limpiamente del coche y di un traspiés en la cuneta, pero mis piernas recuperaron fuerzas a medida que me acercaba a él. Cuando me hallaba a mitad de camino y todavía falta-

ban unos treinta metros, Smith se volvió y me reconoció, pero desvió la mirada con gesto inexpresivo, provocando en mí cierta inquietud. Aun así, seguí avanzando y le llamé por su nombre:

—Me alegro de verte —le dije utilizando mis conocimientos rudimentarios del lakota, al tiempo que maldecía el hecho de que mi padre me hubiese alejado todo lo posible de esta lengua.

Al contestar, su voz sonó tan suave y firme como siempre, sin los ligeros temblores que yo había empezado a descubrir en la mía. Deseaba abrazarlo, pero sus palabras fueron en extremo hirientes: se alegraba de ver que yo seguía con vida, y me agradeció la amabilidad que mi familia le había demostrado durante tanto tiempo, amabilidad que no le había permitido prepararse para las brutalidades de la vida que le aguardaban después. Ahora era un *wicasan wanca*, un hechicero al que no le estaba permitido hablar con los blancos, y, aunque yo fuera medio lakota, vivía como un blanco, y eso era lo que importaba. En aquellos momentos prefería que yo me marchara, pero dijo que me haría una visita el último año de mi vida, en cuanto hubiese superado todas las diferencias que su existencia había provocado. Hizo una ligera inclinación de cabeza y siguió recolectando patatas. Sentí entonces el impulso infantil, aunque sin duda bastante natural, de preguntarle cuál sería el último año de mi vida, pero comprendí que esto sería un error y me fui, aunque de nuevo con el paso vacilante al pensar que había considerado a aquel hombre el mejor amigo de mi vida.

Esta mañana, al despertarme con la primera luz del día, tan débil que apenas era un trazo borroso, vi que mi mundo estaba cubierto por una gruesa capa de escarcha. Había dormido con intermitencias, medio obsesionado por la pregunta de Dalva sobre la muerte de mis padres. El deseo de dar con una sabia respuesta seguía camuflándose con los recuerdos en la oscuridad, así que tuve que encender la luz para regresar a eso que

consideramos el mundo real, una ficción bastante agradable. Me puse la bata de lana, aunque se me olvidaron las zapatillas, y crucé por el estudio, donde los airedales terrier yacían espata-rados sobre una piel de búfalo. Solo la perra más joven, Sonia, se levantó para saludarme en cuanto me vio. Los demás se contentaron con un gruñido colectivo ante la interrupción de sus costumbres en un momento en que no se percibía peligro alguno. Tropecé al golpear con el dedo gordo de un pie y tuve que sujetarme del quicio de la puerta, al tiempo que procuraba no dañar con mis dedos un cuadro de Maynard Dixon, una pequeña obra de sus últimos tiempos por la que sentía especial cariño.

Sonia se quedó en los peldaños del porche y yo deambulé por la brillante hierba congelada. El frío no tardó en atravesar mis pies y fui dando saltitos, aunque no muy altos. Me acerqué lo bastante a la arboleda de lilas como para ver las tumbas, luego di media vuelta y descubrí que mis pies habían fundido en parte la escarcha, y la coreografía de mis saltos me recordó el juego del infernáculo al que jugábamos antes de que abandonara la escuela para siempre. Era difícil retroceder con precisión sobre mis pasos, pero lo conseguí saltando a derecha e izquierda con mis pies entumecidos, riendo ante mi torpeza, ante mi bamboleante danza de la escarcha.

Metí los pies en un enorme caldero lleno de agua caliente, mientras bebía mi café y observaba cómo la helada desaparecía poco a poco bajo el sol no demasiado intenso de octubre. Paul, el mayor de mis dos hijos, ha viajado varias veces a Sudamérica en invierno: para estudiar geología, aunque me temo que su principal interés era ir al encuentro de unos días más prolongados. De pequeño decía que, de haber podido escoger, hubiese preferido que todos los días pertenecieran al solsticio de verano. Otros inviernos viajaba con su madre a Arizona, mientras que John Wesley solía quedarse conmigo en la granja. Es indudable que se trata más de un rancho que de una granja, pero me gusta llamarla así por la inercia, tan arraigada, del prejuicio popular contra los rancheros. Hubo una vez en que a una inso-

portable mujer de Kentucky le dije que dirigía un balneario para el engorde de vacas. Eso fue en el Derby de 1947, donde me encontraba con unos cuantos aficionados a las carreras de caballos y tuve la impresión de que aquella mujer hubiese preferido que yo fuera el director de una industria en lugar de un pintor fracasado con cierta habilidad para cultivar la tierra. He considerado siempre que la codicia es el vicio humano más fácil de identificar, y fui su víctima durante demasiado tiempo. Mi padre, para quien Dios era más real que la vaca lechera que teníamos en el establo, también fue culpable en este aspecto, si bien se le puede excusar porque vio a los lakotas sufrir horrores a causa de la falta de tierra. Incluso el gran enemigo de los nativos que fue el general Philip Sheridan reconoció que «una reserva es tan solo un pedazo de tierra sin valor, rodeada de sinvergüenzas». Hacia el final de su vida, mi padre pudo regocijarse con la opinión radicalmente desfavorable que Henry Adams tenía del «movimiento occidental», mientras a mí su libro (*La educación de Henry Adams*) me parecía demasiado profuso en ironías y escaso en los colores elementales que la vida es capaz de ofrecer a quienes poseen una curiosidad sin límites. Supongo que el pobre Adams nunca llegó a recuperarse del suicidio de su esposa, aunque es bastante discutible que alguien pueda recuperarse de algo. Yo todavía doy un respingo al oír el disparo de un antiguo rifle, y un recuerdo errante de Adelle, muerta hace ya cuarenta y un años, aún consigue que mi cuerpo se ponga rígido por la aflicción. Sin embargo, en otras ocasiones, sobre todo al ir de paseo, puedo oír su voz con una musicalidad semejante a la de las currucas zarcerillas que pueblan los matorrales a lo largo del Niobrara. Los muertos no suelen prestarse a que los convirtamos en una cómoda evocación cuando los amamos con tanta intensidad.

Naomi ha telefoneado de la escuela rural donde imparte clases para preguntar si Dalva puede venir a cenar. Ella tiene que

acompañar a Ruth a un recital de piano, algo que Dalva aborrece porque no hacen más que tocar las mismas piezas una y otra vez. Esta chica no está dotada para las gracias de la repetición, y yo tampoco, aunque existen castigos especiales para esa desazón. Tendré que hacer yo mismo la comida, ya que la mujer de Lundquist, que cuida de la casa, se ha ido a Lincoln, la capital, a una conferencia luterana. Esta mujer está siempre en un estado de gran enojo espiritual, y la lista de sus fobias sería tan extensa como la guía telefónica de Omaha. Se llama Frieda y a su hija le puso ese mismo nombre, aunque Lundquist me contó que él hubiese preferido llamarla Victoria, por motivos que no quiso explicar. Frieda tiene una constitución que recuerda la de las cerdas de Hampshire y habla con una irritante voz chillona. No obstante, en algunas ocasiones es hasta simpática, y una experta en el cultivo de las flores; y a mí me encantan las flores.

Pienso que es el momento ideal para descongelar el urogallo que cacé la semana pasada, pues Dalva disfruta con eso que ella llama «comida india» y que en su casa no puede comer, ya que Naomi es creyente, naturalista por afición, y no permite que en su cocina entre nada salvaje. En una ocasión le pregunté en broma si su Dios quiere más a los ciervos que a las vacas, pero ella va de tan buena fe que no suelo martirizarla al respecto. Hubo una época en que yo criaba las mejores reses del estado, y tampoco habría estado dispuesto a dar mi brazo a torcer. Hará unos pocos años, Dalva bajó de la camioneta de Lundquist y entró en casa corriendo, con el corazón y el hígado de un ciervo dentro de una ensangrentada bolsa de papel.

—¡Son como los nuestros y ahora podremos comerlos para almorzar! —exclamó casi gritando.

Lundquist solía recogerla los fines de semana camino del trabajo, y como mínimo un par de veces al año se encontraban con un ciervo atropellado en la cuneta, producto del exceso de velocidad de algún borracho que, a altas horas de la noche, pretendía adelantar a sus propios faros por una carretera secundaria y atropellaba al animal.